

LIRIA EVANGELISTA

NIÑA SOVIÉTICA



Colección Narrativa
2020

Evangelista, Liria

Niña Soviética / Liria Evangelista. - 3a ed. -

Córdoba : Borde Perdido Editora, 2020.

p. ; 21 x 14 cm.

ISBN

.

Ficha Técnica
Borde Perdido Editora

Diseño integral, arte de tapa y dirección editorial:

Sebastián Maturano

Contactos:

bordeperdidoeditora@gmail.com

Instagram: Borde Perdido Editora

Facebook: Borde Perdido Editora

bordeperdidoeditora.wordpress.com

Los izquierdos de cada obra pertenecen a sus autores.

Realizado en la Cueva del Borde. La inocencia del justiciero placer.

NIÑA SOVIÉTICA

tarde nací para las ideas en las que nací

Juana Bignozzi

Que las sombras y los fantasmas vuelvan a ser materia. Carnadura ya no se puede, ni sus olores ni el sabor de cada piel.

Nací de proletarios lúcidos. En Villa Urquiza—Mariano Acha 3349, solar que ya no existe, el borde que supo ser Siberia—después de una cópula feroz y revolucionaria, ellos engendraron a la niña soviética que fui.

En el principio fue la palabra y fue Villa Urquiza, logos barrial, camino desde mi casa hasta el colegio. Genealogía fundadora de historias, de voces y lecturas. Algún día la Niña Soviética desandarà su origen y terminará agusanada en las cloacas de Floresta, haciendo nido y casa entre esas calles.

Y ese trayecto —como todo viaje—es un retrato moral. Ilumino y traduzco lo que probablemente ya no existe.

La gusana vive en su escondite, anélida en los recovecos de otro barrio. La niña soviética viaja en colectivo. Parada. Para ella no hay asiento. Nunca hay, y no le importa. En el 114, viaja muy seria desde Urquiza hasta Floresta. Se baja en Segurola y Rivadavia (¿existirá para ella ese mundo, tan lejos y ajeno al aroma tierno de Triunvirato y Avenida de Los Incas, a la seda florida de un rinconcito penumbroso en Parque Chas?) la encara a la gusana, la mira con los ojos bien abiertos, y le escupe ahí en la cara: “traidora”.

Si grande fue el dolor y grande la derrota, grande deberá ser el pensamiento —se dice la gusana de Floresta cuando se limpia el escupitajo que huele a chicle Bazooka. Todo está perdonado. La Gusana la mira irse —tan niña, tan chiquita para siempre— y se emociona. Pobre caperucita soviética sin lobo.

entonces

las voces caen sobre el pasado

como una lluvia mansa

como piedritas de tinenti que van cortando el aire

VILLA URQUIZA

MANUAL DE MARXISMO LENINISMO

En mi infancia íbamos a un club que se llamaba Ausonia y que quedaba en las barrancas de San Isidro, entre el río y una vía muerta donde crecían campanillas violetas. No sé por qué nos íbamos tan lejos de Villa Urquiza, tan lejos de casa. Ausonia no tenía ni pileta de natación, ni bailes de carnaval, ni fútbol ni patín. Había una cancha de básquet tan rota que en las grietas del piso crecía la maleza. Había un metegol oxidado y un vestuario despintado yoloriento. Había una cancha de bochas. Había el sonido leve que hacían al deslizarse, buscándose. Y el estallido seco del golpe al bochín. Una canción muda: fssss. Toc. Fssss, Toc.

Hubo la huella de la zapatilla de mi viejo sobre la arena aplanada. La fugacidad de su brazo levantado, arrojando la bocha oscura. Y su sonrisa. Ahora creo que viajábamos desde Villa Urquiza hasta el río buscando esa canción y la sonrisa perdida de mi viejo.

Había en Ausonia un murallón de piedra gastada que daba al río. Los días de crecida nos sentábamos con los chicos a remojar las patas cansadas de jugar y a escuchar el ruido de las olas golpeando en la pared. Nos entreteníamos contando historias de miedo y de ahogados.

Si el calor apretaba, nos tirábamos al agua marrón. Buscábamos hacer pie en la frescura consoladora del fondo barroso. Jugábamos a salpicarnos. En mi recuerdo el agua iridiscente ahoga todo ruido. Me veo, nos veo, con el lomo oscuro y reluciente, como si fuéramos lagartos.

Cuando el río bajaba la playa se abría como una pampa. El agua, en su retirada, descubría botellas, monedas, fragmentos de objetos que brillaban al sol. Íbamos despacito, cegados por la luz, buscando los tesoros. En la arena marrón dormían como animales los camalotes que antes la corriente había arrastrado.

Como en un dibujo chino, los juncos le pintaban un contorno al aire. Se erguían, casi negros, en la quietud del barro. Algunas veces adivinamos entre las ramas la delicada forma de un ahogado. Un pie, una cabellera, un vientre alzado como una barcaza. Algunos se atrevían a acercarse. Yo nunca pude. Los que los habían visto de cerca hablaban de un resplandor azul de la piel, de la nariz comida por los peces.

Ausonia ya no existe y yo nunca quise volver para ver qué hay. ¿Cómo llegar desde Floresta hacia esa nada que ya no mira el río?

Me gusta cerrar los ojos para recordar lo que aún permanece en mi memoria, que no es mucho. Escuchar el recuerdo de las luciérnagas cruzando la noche. Hay una lista de nombres que ya no tienen rostro. A veces nos sentamos a evocarlos con mi madre.

Como dos lagartijas aún jóvenes, mi vieja y yo –que ya no vivimos en Urquiza--nos sentamos en un murallón que ya no existe para nombrar a los muertos. Hablamos y hablamos de nosotras como

si ya hubiéramos muerto. Yo cierro los ojos y en mi memoria veo el cartel que alguien había pintado, a la entrada del club. Ausonia, dice. La U está un poco torcida, como si fuera una bahía, como si la hubiera alcanzado el oleaje empujándola hacia adentro, como si en su hondonada estuvieran pudriéndose al sol los cuerpos de todos nosotros, los ahogados.

venían cuando se espesaba la noche siguiendo las miguitas de tus
pasos

hacían nido en mi palma adormecida

picoteaban los rulos de mi frente

eran los patos

anas platyrhynchos domesticus

patos comunistas que hacían el bien y la revolución

y de mi colchón y de mi almohada

granja nocturna laguna corral

donde latía rapaz el enemigo

aristocracia improductiva la del cisne

burguesía explotadora la de los pavos reales

patitos proletarios

vanguardia iluminada de la fauna argentina

intelectuales del partido animal mis patos leninistas

grito en el aire

libertadores de chanchos comadrejas y gallinas

patos que sobrevolaron el olvido

patos que me hicieron animala

bicha emplumada

palmípedos banqueros de mi deuda

¿cómo truecan sus plumas por amor

pico por palabra

graznido por memoria?

Hay una foto, circa 1970. Lo que se ve: un padre, una madre, un hermano mayor siempre fuera de foco, una nena con un libro en la mano.

Mi padre nació campesino en un pueblito italiano. Emigró a los diecisiete hambreado y fascista y cantó *un mazzerin di fiori* en una fábrica hasta que juntó los pesos que le permitieron desvirgar a la más linda del barrio. Con el tiempo llegaría a ser dueño de un taller, de un departamento en Villa Urquiza y de un Fiat 1500 patente C209464. No soy un pequeño burgués, decía negando lo evidente.

Mi madre fue, sobre todo, hermosa. Le hubiera gustado ser bailarina de flamenco o cantar Besos Brujos como Libertad Lamarque. Escribir versos como Alfonsina Storni o pelear como miliciana en la Guerra Civil Española. En cambio se casó, parió dos hijos, abortó muchos más, fregó pisos, lavó platos y un día, sin haber leído jamás a Simone de Beauvoir, decidió pegar dos gritos y salió a trabajar de cosmetóloga en un instituto de belleza.

Mi hermano mayor fue, sobre todo, mi hermano mayor. Me gustaba revisarle los cajones del escritorio y hurgarle la biblioteca. Todavía, en sueños, sigo ordenándole las biromes y los preservativos, y emborrachándome con el olor a la tinta de sus libros.

y al final alguien muere

deja un hueco tibio donde apoyar la mano
y poca cosa más
a veces un olor

el pliegue de la sábana donde le agonizó el cuerpo
un pelo sobre la almohada húmeda

deja un cadáver
palabras puestas a pudrir en su silencio

deja la forma que tendrá su olvido

Lo que la foto no muestra:

como si fuera el gesú bambino el cristo niño de mi abuela
fuente de amor inagotable

así

solía aparecerse lenin en el patio de mi casa
momia de yeso hecha aire que había volado desde el Kremlin
vladimir ilich ulianov se erguía —enhiesto y ruso—
sobre la mesa del patio

no tenía corona

ni manto de terciopelo ni un rosario envolviéndole las manos
venía en cambio

reluciente y nevado

el gorro de piel apuntando al cielo

tenía el dedo levantado

como un sol de noche ese dedo

era luz de todas las cosas

resplandor que quemaba nuestros rostros

trémulos de dicha y de materialismo histórico

ese dedo

iluminaba el gomero y la tortuga

la ropa puesta a secar que se mecía con el viento

en la llamarada de la tarde

papá y vos extendían sus mamelucos engrasados
olorosos de sudor obrero y bolchevique
para que el divino los pisara
para que dejara su estela inmaculada y roja
sobre la tela áspera

él
luciérnaga de la revolución socialista
acariciaba nuestras cabezas murmurando tovarich tovarich
rabotnik revolyutsiya sotzyalism mir

y nosotros en éxtasis
transidos
aunque ignorantes de esa lengua lo entendíamos todo

esa era la esencia del milagro
la luz verdadera del internacionalismo proletario

una tarde en la que el sol estaba tan rojo como bandera del
proletariado
yo quise saber
quise escuchar la verdad más absoluta sólo de su boca
me arrodillé (padrecito padrecito)

alcé mi rostro hacia él como quien mira a un santo
hambrienta de su voz de su palabra
ávida de catecismo hijita de la revolución

y pregunté:

.....
.....

krasivaya devushka me dijo
sobre mí se inclinó (doch doch doch)
su aliento que estaba oliendo a muerto
lengua martillo lengua hoz
mnogo smert krasivaya devushka susurró
mucho muerte hijita mucha muerte
y apoyó su mano helada en mi mejilla

Flag of my country, flag of the free. Honor and respect, recitábamos en el colegio inglés de Villa Urquiza. Me dijeron que iba a ese colegio porque éramos comunistas. Ahí había ido mi hermano. En la época de Perón, decía mi mamá frunciendo la boca. Los chicos tenían que estudiar religión, y como nosotros somos comunistas, no íbamos a dejar que a tu hermano le llenaran la cabeza.

April 21st: Queen's Birthday, la torta con velitas en el cuaderno de clase forrado de verde. Pinturita Faber roja para St. George y más rojo en St. Patrick, azul tan lindo para St. Andrew. Arriba los pobres del mundo, de pie los esclavos sin pan.

La vida era, sin duda, mucho más compleja de lo que me hubiera gustado.

lenin miss he is a good man
gave happiness to thousands
misionera de la revolución esa era yo
espada
niña de los justos

says who
at home they say
at the top of her lungs she screamed out of my class

bramó medusa erguida entre pupitres
headmistress llamó
chillido de vestal herida
simio hediondo en taco aguja

queen elizabeth se acomodó la corona
tembló en su marco
espantada alzó su dedo real
su royal finger su royal cape su royal Crown
y con su royal mouth
me escupió bloody red tart desde el retrato

Esta Niña Soviética, hija de la revolución, heroína de tantas batallas —del Ebro a Stalingrado— tiene dos grandes deseos en su vida: tomar la primera comunión y ser emperatriz de Austria Hungría, como Sissi. Corrijo: tomar la comunión y ser Sissi. Soy la única de mi grado que no ha tomado —ni tomará, por razones obvias— la primera comunión. De este ritual no me interesa Jesús, ni la ostia, ni la iglesia. En principio, tampoco me interesa Dios. Todo lo que yo quiero es el vestido. Blanco, amplio, muy amplio, con frunces, pliegues, plisaditos. Con moños y cofia de tul. El vestido ideal para dar vueltas y bailar el vals. Estoy cansada de bailar El Danubio Azul y el Vals del Emperador en el comedor de mi casa, vestida con un camisón largo de mi mamá que no tiene gracia porque no tiene enaguas. A veces le pido su traje de novia para jugar, pero ella no quiere prestármelo. Egoísta, digo muy bajito para que no me escuche, sos una egoísta.

Yo quiero un miriñaque enorme, como el de Sissi, uno que haga parecer que vuelo bajo, que levito sobre las escaleras de mi casa y sobre el parquet del living. Con el camisón, ese efecto es imposible de lograr. Primero le pido a papá que me deje tomar la comunión. Imposible, me contesta, nosotros no creemos en Dios. Dios no existe. La religión es el opio de los pueblos, a esta altura deberías saberlo. Si cuando cumplas dieciocho todavía querés tomarla, ya vas a ser mayor de edad. ¿A los dieciocho es con vestido? Es sin, solamente las nenas de ocho tienen vestido. ¿Para qué lo querés? Las niñas comunistas no toman la comunión ni quieren ser princesas.

Esa misma noche me arrodillo y desafío a Dios. La única manera de probar tu existencia es que me dejes el vestido con miriñaque al lado de la cama. Si no está es porque no existís, le digo como si fuera un rezo.

A la mañana siguiente abro los ojos esperanzada, el corazón aleteando en la posibilidad de una fe recién adquirida: al lado de la cama no hay nada. Mi pieza está vacía de Dios. Estoy sola. Algo tiembla adentro mío, lastimado.

Dios no existe, le informo a mi mamá esa mañana. Me pongo a llorar. Las lágrimas logran que mi madre me regale su traje de novia amarillento y me deja coserle unos alambres para hacer el miriñaque más amplio del mundo. Consigo tul blanco por metro en la sedería de Triunvirato y Los Incas y le pego a la falda lentejuelas azules y algunas plumas del plumero.

Bailo los vales como volando, puedo levitar cuando bajo las escaleras. Como si estuviera en la Schönbrunn, el palacio imperial, pero mucho mejor, porque estoy en casa. Soy más que Sissi, soy la Niña Soviética, la reina del comité central de Villa Urquiza, la emperatriz del partido comunista de Argentina.

Y también quiero maní con chocolate, le pido a mi papá antes de que se apaguen las luces del Cosmos 70. Me lo compra, me parece que quiere mimarme porque él casi nunca me lleva al cine. Nunca

llego a abrir la caja porque la emoción me hace doler la panza y el nudo en la garganta no me deja respirar. Vamos a ver Pasaron las Grullas. De vez en cuando la vuelven a dar en ese cine que a nosotros nos gusta porque dan películas socialistas. Las obras de arte de la revolución, así les dicen en casa. Esa tarde es inolvidable, porque mi papá se puso el traje de salir y una corbata azul a pintitas para llevarme al cine. La película es en blanco y negro, pero a mí no me importa. Me parece que el blanco y negro hace todo más triste, más emocionante.

Esa fue la Gran Guerra Patria, me susurra mi papá, bien bajito, para que no se escuche en la sala. Veinte millones de muertos tuvo la URSS. Veinte millones, igual que la cantidad total de víctimas de la Primera Guerra Mundial. Yo no quiero matemática histórica, quiero tragarme los mocos tranquila y llorar el dolor de la protagonista como si fuera el mío. No recuerdo los nombres de los personajes sino el de los actores principales. Misterios de la memoria. Podría ir a Google y buscar la información que necesito. No quiero. Lo que yo quiero es tener doce años y volver a sentarme en el cine al lado de mi papá. Y como no se puede, quiero recordar sin ayuda, defectuosamente.

La historia es sencilla: ellos se aman, viene la guerra y nada es como podría haber sido. Es primavera y pasan las grullas. Yo no sé qué es una grulla. Presumo que mi papá tampoco. Me dice que son como cigüeñas. Le creo, por supuesto. Para mí, todavía, una grulla es una cigüeña y no me interesa saber si eso es verdad o no.

Él se enlista. Es joven, hermoso y es, sobre todo, un comunista heroico. Ella, sufre porque él se va al frente. En una escena tremenda, es violada durante un bombardeo por el primo de su novio, un pianista vicioso que no quiere entregar su vida por la patria. No se aman, pero deben casarse porque así lo exige la moral comunista (tengo doce años, ni se me ocurre que la moral comunista se parece bastante a la moral de mi vecina de enfrente). El joven y hermoso comunista muere para defender a la Madrecita Rusia. Cuando termina la guerra, ella se viste de blanco y va a esperarlo a la estación con los brazos llenos de flores. Él no vuelve y ella le regala las flores a los que, felices, tienen la dicha de reencontrarse con sus seres queridos. Fin. Lloro tanto, pero tanto, que aún estoy abrazada a mi papá, mojándole la corbata con mis lágrimas. No importa que mi papá lleve muerto más de treinta años, yo sigo ahí. Cuando llegamos a casa, me sube fiebre. Es tan sensible, dicen todos.

No hace mucho volví a verla. Una vez más, la memoria hace su obra. Sin piedad, me devuelve a la corbata azul de mi viejo, a su olor a colonia, como si nunca me hubiera separado de su abrazo. Tengo otra vez doce años. Parada en la estación, para mí también el reencuentro es imposible. Soy Tatiana repartiendo flores, soy la viuda blanca de la Gran Guerra Patria.

mi vecina de enfrente amaba los insectos y las alimañas

de día buscaba escarabajos

de noche acunaba las cucarachas que encontraba

las apoyaba en la palma de la mano

les acariciaba el lomo

levemente

les hablaba decía pobrecita

pobrecita

esta cucaracha está triste me explicaba

y entonces les cantaba una canción cualquiera

lo importante es la voz es el cariño

repetía

y yo la miraba amar

a veces el desagüe olvidaba una rata muerta en el cordón de la vereda

el pelo mojado el hocico apenas entreabierto

pobrecita pensaba yo

pobrecita

me acercaba tierna y le cantaba un himno de albañal

arriba las ratas de este mundo

de pie los bichitos sin pan

La primera vez que la Niña Soviética escribió una carta de amor, tenía doce años. El destinatario era un compañero del grado, rubio, de ojos azules y tremendamente petiso que la hechizó regalándole un cucurucho de frutilla y chocolate y bailando un lento en un cumpleaños.

La carta —que nunca fue enviada y que aún existe— estaba escrita en inglés y empieza así: “my beloved blue eyes”. No hay que sorprenderse. Después de todo, la Niña Soviética es, también, una Niña de la Commonwealth.

Hubo en la infancia historias que me dejaron sin aliento: las hermanas March con Laurie en Mujercitas, Robin Hood y Lady Marian, Sandokan y la Perla de Labúan; La Dama de las Camelias escupiendo su última sangre, Rita Hayworth desnudando un brazo en el gesto de la más obscena lubricidad que esta niña hubiera visto. En la oscuridad del cine 25 de mayo de la avenida Triunvirato cuántas tardes perdí el aliento mirando a Sandro besar en la pantalla, deseando para mí esa saliva y esa lengua que apenas se adivinaba.

La Niña Soviética, criatura barrial de Villa Urquiza, escritora púber de cartas de amor en lengua extranjera, quería saber qué era el amor. Quería, con la misma fuerza con la que había deseado un miriñaque, amar y ser amada. La Niña Soviética conjeturaba: ¿Había que ser bella? ¿Que ser buena? ¿Inteligente? ¿Heroica? ¿Mala? ¿Seductora? ¿Tonta? ¿Había que morir? ¿Había, acaso, que matar?

Las tardes con papá en el Cosmos 70 sumaban la dimensión de la revolución a la más pedestre del amor. Me llevaba a ver las que él llamaba “de amor revolucionario”.

“Es el más hermoso —predicaba mi viejo— el que hace que nos olvidemos de nosotros mismos para abrazar a todos los pobres, a todos los que sufren, a toda la humanidad”. Dios mío. ¿Sería yo capaz de tamaño amor? ¿Podría abrazar a tanta gente junta?

Una tarde me llevó a ver “El 41”. Mi mamá ya la había visto cuando la estrenaron, y no pudo contenerse. “Él es hermoso, noble y contrarrevolucionario, tiene los ojos azules más preciosos y ella es pobre y miliciana del Ejército Rojo. Naufragan en una tormenta y se enamoran. Ella, que estaba orgullosa de haber matado a cuarenta contrarrevolucionarios, lo mata cuando él quiere huir. Es su enemigo 41. Es, también, su gran amor”. Le perdoné que me hubiera contado el final. ¿A quién le importan los finales si lo que de verdad importa es el amor? “Agarra el cadáver en sus brazos y grita”, mamá había perdido el aliento y yo también, “grita que sus ojos eran tan azules”.

Todo fue tal cual mi mamá me lo había anunciado: él era hermoso y sus ojos eran azules, enormes y delicadamente maquillados para hipnotizar a la audiencia. Soldado del Ejército Blanco él, miliciana del Rojo, ella. Naufragan, se salvan, él se enferma, ella lo devuelve a la vida. Están solos, están desnudos. O casi. Es la primera vez que

encuentro en una pantalla cuerpos que permiten adivinar que la carne es cuerpo pero también es otra cosa. Me olvido de comer el maní con chocolate y siento la humedad azucarada pegotearse en la mano. Qué asco. Mi mamá sólo me había hablado de ojos azules y de llanto, no del calor de una fogata y de piernas y brazos y torsos desnudos y no de que ella se iba a olvidar del amor revolucionario que todo lo abraza para entregarse al enemigo. Traidora, pienso, y no puedo perdonarla. Yo quisiera que mi padre pudiera contestarme: ¿Hay límite para el amor? ¿Qué es y dónde está la revolución, que no se ve?

Mi miliciana se derrite en ese cuerpo y en esos ojos. Pegajosa. Vulnerable. Qué asco. ¿Es el amor el olvido completo de una misma? ¿Es el olvido de la revolución, de los pobres, de los miserables, el olvido de lo más noble y puro de la humanidad? ¿Hay que darlo todo?, me pregunto. Ella le entrega sus poemas para que él tenga papel para fumar. Ella se le entrega como cosa, como papel. Qué asco, me repito. ¿Eso es el amor? Me pregunto si voy a tener que hacer todas esas cosas y tengo miedo. No me imagino entregándole a nadie mi diario íntimo o mi cuaderno con poemas, sería incapaz de dar cualquiera de mis libros. Me agarro fuerte al papel como si me agarrara a mi nombre. Entonces, seguro que nunca voy a saber amar.

Y cuando llega el tiro del final, esa muerte me coloca en el umbral de lo sublime: existe un límite, indecible e impiadoso. Existe. Y serán a partir de entonces muy diversas las formas que encontraría la Niña Soviética para sostener su nombre: la trascendencia, la

escritura, la ruptura, la traición, el desapego. También la claridad y la inocencia.

No fueron pocos los descubrimientos de esa tarde de cine.

Hoy leo:

22/9/73

“Today I went to the movies. It was about love and revolution”

perdí esa voz perdí la infancia y las tablitas sedosas de mi vestido
anaranjado
las teclas de mi piano la luz exacta de ese río el azul de sus ahogados
la punta gastada de mis zapatos blancos botoncitos pasos hacia vos
que esperabas de mí
todo movimiento
mi dedo húmedo pasando las hojas de los libros que me diste:
todos.
eso perdí
el algodón con la primera sangre de los once
¿qué más puede perderse en este mundo?

FLORESTA

ELOGIO DE LA MINÚSCULA

La Niña Soviética todavía canta la Internacional. No la canta fuerte ni con el puño en alto como antes, hace mucho. Más bien la va cantando en la cabeza, y a lo sumo mueve los labios, como si estuviera rezando, porque efectivamente, cuando la canta está rezando, aunque hace rato que no tiene en claro a qué. Canta cuando la realidad se torna insoportable por cruel, por despreciable o por incomprensible y ella necesita un viaje a un pasado que por mítico no le es menos consolador. Canta porque su pasado guarda de todo: Viglietti, la cantata Montonera de Huerque Mapu, la de la rosa y el fusil de César Isella y esa en la que el río está llamando. Y canta Quilapayún, porque esas voces le aseguran perpetuamente, a pesar de las reiteradas desmentidas de la historia, que el pueblo unido jamás será vencido. Canta la novela sonora del abandono y de la derrota. A veces interrumpe el canto porque de pronto siente los pies mojados en un charco de angustia y ese charco barroso es el pasado. No el pasado como paisaje, ni siquiera el pasado como ruina, sino un cierto conocimiento sobre el mundo que se fue revelando con los años, un saber sobre la materia innoble de la que la realidad está hecha. O la sospecha de que el amasijo de sangre y mierda que es la carne de la historia, en estas tierras, no tiene a la Internacional como música de fondo, sino otra melodía que fue estremeciendo a la otrora Niña Soviética en el conjuro de una épica más desprolija y criolla. Fue comprobando que hay pobres más cercanos, malolientes, maltratados. Busca a esos pobres, no les teme. Es extraño. Los Pobres del Mundo, que en la niñez imaginaba como un enorme hormiguero de rostros harapientos

pero sonrientes, se fueron desdibujando con el tiempo: por lejanos, por ajenos y por impensables en la abstracción que les otorgaban las mayúsculas.

Lo que le queda es la pequeña dignidad de la minúscula.

El olor a quemado, no la ceniza sino su forma. No la materia, sino su fantasma.

La Floresta: trazos del pasado, el viejo camino del Ferrocarril del Oeste. De la estación Del Parque a La Floresta. Animal mítico, bramido de barbarie: La Porteña, se llamaba, y fue la primera locomotora en estas tierras.

Muge, La Porteña, como un toro, como la vaca gigante que va a preñar esta tierra de riqueza. Huele a polvo, a carbón quemado. Huele a humareda como nunca. Avanzaba, me imagino, en la tarde. Iba cartografiando la ciudad embarrada, tornando cierto lo que no existía. Ahí nació el barrio: no en su materia, todavía, ni sus calles, ni sus casas. Era su mapa lo que estaba naciendo. La Porteña avanza, abre el surco de hierro, bautiza con su fuego y su alarido el territorio. ¿Y mientras avanza nombra?

En algún lugar que no recuerdo, leí: “un país que ha tenido campos de concentración está podrido hasta el tuétano”. Somos todos gusanos”. Tomo nota. Cuarenta millones de gusanos en este país inmenso, tierra podrida regada desde siempre con la sangre de los otros. Debajo de este suelo patriótico, cavando en la humedad, entre raíces, entre huesitos o polvo que fueron cuerpos, entre cáscaras de fruta y huevo y pilas secas y aerosoles oxidados, entre basura y más basura, habitan millones de gusanos transparentes, gusanos silenciosos o gimientes, argentinísimos y civilizados anélidos que

se arrastran por los poros de la tierra y le hacen túneles e hijos. Los gusanos se reproducen y cagan. Cada tanto se comen a sus crías. Salve Argentina, bandera azul y blanca.

De los cientos de centros clandestinos de detención y exterminio (el campo, el campo) dos —nada menos— están en un solo barrio de la Ciudad de Buenos Aires. Dos, nada menos, están en mi barrio, Floresta.

Venancio Flores 3519. De mi casa, tres cuadras para allá. Suele haber una enredadera que florece junto a las vías del Sarmiento.

Ramón Falcón 4250. De mi casa, tres cuadras para allá. Una vecina me dice: cuando yo era chica íbamos a hacer la cola para tomar el 5. Después ya no.

Este barrio tiene mapa y línea del tiempo. De la sangre, estoy hablando, la que siempre es de los otros. Tiene su Parque Avellaneda, su club de fútbol, sus iglesias. Y también tiene sus muertos. Tiene su Corralón en Gaona y Gualeguaychú. Su combate de la calle Corro, casi llegando a Sarachaga. Tiene su 2001 en Gaona y Bahía Blanca, carne de chicos masacrados.

Floresta: verde solar del terrorismo de estado.

¿Cómo vivimos los que aquí vivimos? ¿Qué miramos? ¿Qué vemos? Nosotros, los gusanitos del oeste, hacemos vida de barrio.

Nos tapamos los ojos, espiamos, recordamos con culpa, abusamos del punto suspensivo en los relatos, otras veces gritamos un poco. Otras nos callamos.

Somos la cesura, el hueco entre Flores y Liniers. Hasta en la cancha de All Boys lo cantan: somos Floresta.

Al que quiera, le apuesto que no encuentra algo igual en los cien barrios porteños. Y eso que en el tango a Floresta, Aberto Castillo ni la nombra.

¿Acaso alguien había sabido en Parque Chas que el ángel de la historia

espiaba en el cajón de los cubiertos
contaba cuchillos tenedores cucharas
lavaba los platos escuchando nuestras voces
o se quedaba escondido abajo de la mesa
abrigándose del frío con el mantel de hule?

otras veces sus alas hacían un ruido raro
y yo pensaba que había cadáveres y vampiros
durmiendo en la bañera
ahora sé que era él

vigilando
cuidando de nosotros

sus alas nevaron de dolor el mundo

los huracanes le arrancaron una por una las plumas de su ala
lo fueron desmembrando
y al final —delicado—
lo posaron en la palma de mi mano
bolita blanca gota de lluvia
y aquí lo guardo todavía
como terrón de azúcar caramelo derretido

(ángel de la historia grasita y cabeza
angelito que andás por los cielos

vos y yo somos
guardianes de los sueños
vigías de catástrofes
hijos bastardos
de todos los sufrientes)

lo que aparece a veces por mis sueños:

un lodazal de Stalingrado
el patíbulo en el que murió Fucik
el perfil de Largo Caballero
la trenza de la Pasionaria
la sogá con la que se colgó Marina Tsvetáieva
—y de ella veo el perfil de su zapato el tacón gastado:
cariño mío qué alegría
hasta que el alba alcance a la siguiente
(y son sus voces las que escucho
aquí mis sueños son apenas ecos de sus ecos)

a veces aparecen
la cabeza ensangrentada del Chacho Peñaloza
el útero canceroso de Eva Perón
el olor de la sífilis que mató a Belgrano
la carne blanda de Osvaldo Lamborghini
una letrina en el Olimpo

deshechos

por mi casa pasa el río marrón
las barcazas enormes donde humean
los huesos de los que alguna vez vivieron

todo eso sueño a veces
el mapa ciego de la historia
su pilón de excrementos

sueño con lo que el tiempo fue desintegrando

¿Es que nadie se da cuenta? Un zombi ebrio, venido de otro tiempo está parado al lado de mi mesa en el bar Rhin, mi piojoso cuarto propio en Segurola y Rivadavia, al costado de la vía. Yo siento como si la tierra se hubiera movido, como si todo el barrio estuviera siendo devorado por una bestia mitológica pero el mundo no se detiene. El 114 pone primera en el semáforo de Mariano Acosta y los bocinazos marcan el ritmo de la eternidad en la barrera de Yermal.

Y después mi zombi habla. Dice un nombre, Vicki Walsh. Yo la vi reventarse la cabeza, cuenta. En Corro y Yermal, voló como una mariposa y aquí nadie se acuerda de nada. No hubo otro lugar con más muerte que Floresta. De pronto me habla a mí: conozco de memoria cada barrio, cada callecita, cada pasaje de la ciudad, tengo el mapa de todo Buenos Aires, entero, en la cabeza. Yo ni me muevo. Está hablando de mi barrio y yo, gusana, larva entre las larvas, estoy muerta de vergüenza. ¿Qué sabe una mujer acerca de la hora de la muerte? En algún lugar leí esto. Mandelstam. Todo esto se me cruza en un segundo, mientras su voz me sigue hablando y lo que dice me hace ajena de mi misma. ¿Qué sé yo de la muerte? Tengo tanta pena. Baja los ojos y repite, bajito: aquí no hay quién se acuerde. El verdadero cementerio es la memoria. ¿Sabría el zombi que estaba citando a Walsh? Hay que sacar la carroña de debajo de la tierra, pararse en Ramón Falcón y Lacarra, justo en el playón de entrada del Olimpo. Hay que pararse ahí y esperar. Algo se encuentra, siempre algo se encuentra. De pronto eructa, se limpia la boca. Perdón, dice. Se da media vuelta, y se va sin pagar.

Después hubo un sueño.

Como si fuera un gargajo, escupí el corazón, que seguía al costado de la cama. Hizo un sonido que se fue alargando en el silencio de la noche, suave como un maullido.

Estaba parada en una vereda del barrio. Dolores al 400, frente a esa casa enorme que los vecinos llamamos el castillo. En el sueño esa era mi casa. Por Alberdi venía un taxi, un Siam Di Tella de techo amarillo reluciente. Quise subir y como la puerta no se abría, metí la cabeza por la ventanilla. “Llevame a Orletti y al Olimpo y después hasta la Esma”, le dije al chofer. El tipo iba con el torso desnudo. La piel era lechosa, un poco repugnante. Tenía la cara como la de un niño o de un gran perverso: se parecía a Oscar Wilde —yo sabía que no era Wilde— porque tenía el pelo así de negro y partido al medio. Me miró, con los ojos enormes y vacíos, es decir, tan llenos de oscuridad que parecían dos lunas quietas. No me contestó. Le repetí: “llevame a los campos. A Orletti primero, después a Olimpo y al final a ESMA”. El tipo me miró otra vez, los ojos se le enturbiaron y eran como barro dolorido.

Lamborghini. Osvaldo, se presentó. La voz era como un graznido o un grito. Después ya no habló. Hizo una mueca y me extendió un recorte de diario amarillento, con el mismo gesto de los mendigos que están más allá de la mugre y de la miseria. Lamborghini, sentado en el asiento del Siam Di Tella, con el torso lechoso desnudo, la

grasa de la panza tierna y un poco repulsiva, como la grasa de un bebé crecido o de un imbécil, me estaba dando un papel amarillento. “Escribí y que cuando escribas sea cadáver, fantasma, matarife”.

Después cayó para atrás, con los ojos abiertos, la rigidez de cera de los cadáveres. Le miré el pecho desnudo, el cinturón que se le clavaba en la cintura. Un cuerpo sin pelos. Un cuerpo blanco puesto a brillar en la penumbra de un Siam Di Tella. Lamborghini. Osvaldo.

Me desperté llorando, como sólo se llora en las pesadillas. En el piso estaba el corazón de mi sueño. Ya no latía. En su agonía agitaba las patitas. Acaricié la cucaracha con los pies, agarré un libro de la mesa de luz y la aplasté sin asco. Crujió, dejando su estela de inmundicia. Suspiré aliviada. Otro cadáver en la suma.

Me animo y voy derecho para el lado de Liniers, donde Floresta parece abrirse hacia la quietud del pasado, porque todas menos Cardoso se cortan en el paredón que da a la vía. Llego a Corro, que se abre tan linda, con su empedrado y sus árboles frondosos, y camino una cuadra hasta Yermal. Es un rincón de casas bajas que parece haberse caído del mapa y se hubiera quedado escondido, a resguardo del ruido de las avenidas y del tráfico. Todo está inmóvil. Esa es la casa viejísima que da a la vía, está la misma enredadera florecida. ¿Habrá sido ahí? Yermal y Corro, dijo el flaco. Yermal y Corro, decía Walsh en una de sus cartas. Me quedo parada al lado de la barrera del Sarmiento, la mirada buscando un poco más lejos, los árboles de Aranguren, imaginando una cuadra más allá, por Morón, la casa en la que viví tantos años antes de pasar del otro lado de la vía y de la avenida Rivadavia, la que divide el barrio como si fuera una herida que no cicatriza. Tenía razón Borges. Del otro lado de Rivadavia el mundo es más antiguo y más firme, y no solamente en el Sur. En el Oeste también. Yo había vivido ahí: mis hijos y yo, todas las mañanas, habíamos pisado la sangre de María Victoria Walsh camino del colegio. Gusanitos ignorantes, habíamos pisado la memoria de una mancha de sangre que ni siquiera había dejado una sombra dibujada en la vereda.

Estoy parada sobre un campo de batalla. La historia dice que aquí, el 29 de septiembre de 1976 se libró el combate de la calle Corro. La historia dice, también, que sobre este empedrado quedó tendido, con la cabeza reventada, el cuerpo de María Victoria Walsh por nombre de guerra Hilda, oficial segunda de montoneros.

Veo salir al tren de la estación Floresta. Es un animal enloquecido que brama y perfora la tierra. Ruge haciéndola temblar, la tierra se mueve como siempre, pero esta vez, claramente, hay algo nuevo, que nunca antes había estado ahí. Hay algo que gime debajo de los durmientes. ¿Qué es lo que llora en ese traqueteo, quién se queja?

Esa calle Corro de la historia era esta Calle Corro. La simpleza absurda de esa revelación, de esta tautología, es insoportable. Aquí debe anidar la herida más atroz. ¿La incurable? Qué sabe una mujer acerca de la muerte, se había preguntado un poeta que vio apilarse uno a uno a todos los muertos hasta ser él uno más en ese montón.

Cruzo Rivadavia y vuelvo a casa por Lacarra. A una cuadra, quietito en el tráfico imposible de Ramón Falcón, está el Olimpo. Lo miro de reojo y cada una de las ventanas, tapiadas, oscuras, parece devolverme la mirada. A lo mejor algún día vuelvo para pararme en la esquina pero hoy no. Ya tuve bastante. Esta herida no es mía, no. Es herida ajena, herida de otro.

Quiero un mate, quiero algún consuelo. Mientras peleo con la cerradura, me acuerdo de esos versos de Ajmátova y sonrío. Mandelstam. Ajmátova. El gulag completo. ¿Es herida ajena? ¿Herida de otro? Pongo a calentar el agua. Acabo de quedar en orsai con mi propia vida. Qué vergüenza.

te llevaste tu cuerpo tus huesos
y tu muerte
te llevaste lo que dejó de ser

todo lo que tuviste:

tu manual de marxismo leninismo tu danubio azul tu guerra civil
española
un retrato de garibaldi un abuelo anarquista
la revolución rusa el pacto ruso germano hiroshima el padrecito
stalin
los calcinados rostros de la guerra
te llevaste el mapa de las calles de ese barrio
cartografía de tu voz
tinta china/ trinar de la historia donde cantaba tu revolución como
calandria

parque chas

(Atenas con su Peloponeso Berlín y el Reichstag derrotado
Dublín ebria entre la bruma Moscú palacio de invierno bandera
roja ondeando sobre el kremlin de Hamburgo el puerto helado
Liverpool imperial vi en tu voz la pira humeante los judíos
quemándose en Varsovia en Tréveris los grises adoquines que pisó
Karl Marx el joven)

no todo te arrancó la muerte
sin embargo

El palito de la caña de pescar divide la arena del mar. Estamos solos en la playa enorme, mi papá y yo. En el verano interminable de Mar de Ajó, esperamos juntos que piquen las corvinas. Pesce, pesce. Mi viejo confía en que si las llama, se dejan venir mansitas. Avanza sosteniendo la corvina gigante que le baila en las manos bajo un sol que alguna vez me encegueció y que hace mucho tiempo sólo quema en la memoria. Mi mamá está fuera de cuadro, limpiando las almejas que juntamos esa mañana, mirándolas abrirse en el agua que hierve sobre el primus. En la playa, con mi papá, pienso en mi mamá y en los cuernitos rosados que van empujando las valvas blancas. Cuando vuelva vamos a hacerlas en escabeche, guardarlas en frascos bien grandes para que duren todo el año. Algunas las vamos a comer así nomás, con limón, mientras esperamos que se ase la corvina.

Mi hijo de diez años me dice que no entiende la muerte. No queda nada, como si nunca hubieras vivido, dice, y espera una respuesta. Estamos solos, él y yo. Hace calor, y por la ventana de la cocina entran el sol y el reflejo oscuro del jardín. Pienso en Mar de Ajó, en la extensión desierta de la playa. Pienso en todo lo perdido. La forma de mi padre no llega a hacerse recuerdo, es apenas una sombra pasajera. El mundo está fuera de cuadro, como si no existiera el tiempo, como si aquí en Floresta ya no existiera el tiempo.

las voces iban esculpiendo el mundo
me revelaban la forma pétrea de la historia
su santoral:
manual de la academia de ciencias de la urss

el mate ya tibio sobre la mesa de fórmica
y ahí iba la mía voz como pimpollo
fresquita como rocío de mañana

el comunismo se propone dar satisfacción completa
a todas las necesidades de los hombres

¿iba a saber yo del lodazal helado de Siberia
(vivimos sin sentir el país a nuestros pies
había escrito Mandelshtam)
¿iba a saber yo de la mujer que masticaba versos
hasta hacerlos bolo fecal memoria incandescente?
(el mar se aleja de mí el mar se aleja a dormir
Maiakovki hacía astillas de su cabeza calva)

qué poco iba a necesitar yo
al final
cuánto pero cuánto
iba a ser lo que no tuve

A veces, sólo a veces, la memoria es como un bicho

MANUAL DE LITERATURA

“Frente al caos y la decadencia moral, antihumana, tan propios de las fuerzas regresivas del imperialismo y la opresión, frente a la política que pretende envolver a toda la sociedad para conducirla, mediante la literatura, el cine, la radio, y la prensa, al terreno criminal de la lucha del hombre contra el hombre, Nikolai Nósov, nos alienta a perseverar en el mantenimiento y desarrollo de la tendencia más humana y consciente: la lucha por la felicidad y la superación personal, basada en la auténtica amistad, en la crítica y la auto crítica constructivas, invitándonos a templar el alma de los niños en el verdadero sentido social, el trabajo colectivo, para hacerles más inmunes a la desviación, al arribismo, a la pedantería y a la corrupción.” El Editor

Tiene un subtítulo: “escrito especialmente para escolares”. Yo era escolar de sexto grado en mi colegio inglés cuando de la biblioteca de mi hermano saqué *Vitia Maleev, en la Escuela y en Casa*. No había duda. Había sido escrito para mí y leerlo era mi deber de pionera de la revolución.

Ese mismo año, 1972, fue el descubrimiento de Dumas y de *Los Tres Mosqueteros*, en un ejemplar de los años 40 que encontré, lleno de polvo, en el cuartito de la terraza de la casa de mis abuelos. Me enamoré de D´Artagnan. Y también me enamoré —secretamente— de Vitia. Me casé con los dos, y mi acta de matrimonio consta en la primera página de ambos libros: firma, aclaración y fecha. Mi casamiento con D´Artagnan fue anunciado públicamente en la escuela, y así le contagié a más de uno la fiebre mosqueteril.

De mi relación con Vitia Maléev, en cambio, ni una palabra. Por razones obvias, era un amor prohibido.

Es así como a los once años me convertí en bígama. Precocemente iniciada en las complejidades del amor. Mi marido D´Artagnan, junto con su espada me ofrecía las mieles de la lealtad y de la pasión, los abismos del crimen y las hieles de la venganza. Me hundía sin remedio en el conocimiento del deseo y de la seducción. Ante mis compañeros de la escuela, yo, su desposada, tenía la grandeza de Ana de Austria, la bondad de Constanca y la belleza de Milady. Fue el momento más rutilante de mi popularidad en el aula.

Sin embargo, como una maldición, también amaba a Vítia. Practicaba durante horas mi nueva firma con el patronímico, que me hacía sentir exótica e importante. Liria Miguélovna Maléeva. Y me convencía de que ese amor iba a ser un escudo contra el caos y la decadencia moral del imperialismo y la opresión. Eso sí, no estaba tan segura de que todo eso fuera conducido por la literatura y el cine. No entendía cómo. ¿Y la valentía de mi otro marido, su fidelidad inquebrantable a sus amigos? ¿Y la pasión por la escritura de Jo March, su generosidad al cortarse el pelo para darle el dinero a su familia? ¿Y la bondad y la dulzura de Beth, que murió como un pajarito, sin molestar jamás a nadie? ¿Y ese cosquilleo en la panza que me producía Sandokan, con su turbante y su torso desnudo? ¿Era todo eso una maniobra más del imperialismo? Mi papá decía que sí, y a esa lista sumaba a los Beatles y a Batman. A Rin tin tin, al Zorro y a Daktari. Al Avispón Verde y a su fiel sirviente Kato. Por momentos mi mundo se desmoronaba. Y lo peor, en esa lista estaba Rolando Rivas, Taxista. ¿Sería mi papá el Editor que había escrito el prólogo a Vítia Maléev? Yo no quería pisar el terreno criminal de la lucha del hombre contra el hombre. No. Yo quería ser buena, generosa y solidaria, feliz como una niña soviética. Y Vítia Maléev me iba a marcar el camino. De su mano, el universo iba a ser más claro y luminoso. Por eso me casé. A pesar de que sabía que la bigamia era un crimen, quería lo mejor de los dos mundos. Yo no quería vivir en el caos, ni en la decadencia moral. Yo quería templar mi alma. Con el alma templada, entonces, me propuse, como una mosquetera, combatir la desviación, el arribismo y la corrupción.

Sin que nadie, pero nadie, supiera jamás cuál era mi verdadero guía y mi inspiración.

A Vítia, como a mí, no le gustaban las matemáticas. Quizás este también haya sido uno de los motivos —pedestre, es cierto— de mi amor por él. Me demostró que no estaba sola en mi terror a los decimales, la regla de tres compuesta y la dificultad de medir los ángulos con un transportador que nunca se quedaba quieto. Por eso Vítia, en las pruebas, pedía ayuda. Como yo. Hasta que un día, el Soviet del Destacamento de Pioneros, imbuído de amor por la verdad y por la disciplina de trabajo, da una orden terminante: “basta de soplar”, “basta de copiarse”. A partir de ese día, Vítia y yo, como soldados de la revolución, hicimos nuestras esas consignas. Durante un tiempo, jamás volví a pedir que me soplaran. Jamás volví a rogar que me mostraran la hoja, dispuesta a hacer frente a todas las malas notas en matemáticas que el destino —encarnado en la aterradora Sra Delia C. De Márquez— quisiera concederme. El mismo destino que una mañana puso a prueba mi templanza de Niña Soviética. Era prueba de lengua, o de historia, no recuerdo. Eran mis materias preferidas y podía escribir respuestas larguísimas a cada una de las preguntas. Siempre me sacaba un diez. Ese día, mi compañera de banco me pidió que le soplara. Yo, muda, mirando al frente con la mirada vacía. Sorda a la tentación. No quería escuchar esa voz familiar, porque sabía que mi corazón iba a derretirse. Vi las señas desesperadas que me hacía para que le mostrara la hoja. Ciega. Con la inquebrantable disciplina revolucionaria de Gleb Skamerikin, el jefe del Soviet del Destacamento, alentada por el

escudo protector de mi amado Vítia, levanté mi brazo y lo dejé caer sobre el pupitre. Sin piedad, con el corazón rebosante de fervor revolucionario, tapé la hoja de mi prueba y la oculté de la mirada corrupta y desviacionista de mi compañera. Lo que pasó después fue raro. En lugar de sentirme feliz, como esperaba, en el recreo me fui a llorar al baño mi culpa y mi vergüenza. ¿Sería, acaso, una despreciable pequeño burguesa?

Es curioso. A mi mosquetero nunca dejé de amarlo. Después de los cuarenta, y como prueba de fidelidad, me tatué la flor de lis de Milady en el hombro izquierdo. Vítia Maléev tuvo el mismo destino que tantos otros amores pasajeros. El tiempo lo fue desdibujando y quedó arrumbado en algún rincón del alma y de la biblioteca, juntando polvo y años. Mis hijos no lo leen y, sospecho, no lo leerán jamás, porque no saben que existe. Y yo arrastré durante décadas el dolor de lo que, para mí, fue el acto más aberrante de mi vida: el momento en que mi brazo, como una piedra, cayó sobre el pupitre. No hubo, para ese gesto, expiación ni redención. La carencia de estas virtudes, parece, es el infierno donde arden los ateos.

Más de treinta años después me volví a encontrar con mis compañeros de la primaria. La busqué, y cuando la encontré la miré a la cara, le pedí perdón. Qué curiosa es la memoria: ella se había olvidado por completo de esa prueba, de esa mañana, de mi brazo impiadoso de Niña Soviética cayendo sobre el pupitre de madera.

Abro el ejemplar amarillento de *La Daga*, una novela de aventuras del soviético Anatoli Rybakov. El libro pertenece a una colección de siete tomos que, como una joya, guardé durante décadas, después de haberla heredado de mi hermano y de haberla resguardado de dictaduras y mudanzas. En la primera página, en tinta azul desleída, mi hermano dejó su marca: “este libro le pertenece a” y sigue su nombre completo. Una fecha: 1957. Debajo, con tinta negra, dieciséis años después, reverente, uní mi nombre al suyo. El libro es tan nuestro como este pasado de niños soviéticos que no compartimos. “Ediciones Cultura”, se lee en la página siguiente, al pie del título. La palabra “cultura” está escrita en mayúscula negrita, en las páginas de un libro abierto del cual salen los rayos del sol. “La cultura es el amanecer de los pueblos”, solía repetir mi padre con el fervor de un catequista. Obediente, amanecida una vez más en la luz de la sabiduría y de la revolución —los pilares del catecismo paterno— tomé la pluma para fechar, yo también, mi lectura de *La Daga*. 1973, nada menos.

Las aventuras de Misha Poliakov y sus amigos Guenka y Slavska me alejaron de la domesticidad infantil de Vitia Maléev para arrojarme en los turbulentos tiempos de la revolución de Octubre y de la guerra civil. De Ucrania a Moscú, seguía enardecida las aventuras de Misha y del marino Polevoi, custodios de la daga que tan desesperadamente buscaba el vil y contrarrevolucionario Nikistski, comandante del ejército blanco. Seguía a Misha y a sus amigos en sus encuentros con todos los personajes de la calle de

Arbat, en Moscú. Misha era huérfano, su padre había sido obrero y combatido por la revolución, y ese dato me hermanaba con mi héroe moscovita. Mi padre también luchaba por la revolución. Los amigos de mi hermano decían que los del Partido eran tibios o traidores, pero yo nunca les creí. ¿O acaso mi padre, como soldador ejemplar, no había votado Alende-Sueldo en las elecciones de marzo? ¿O no habíamos ido al local del Partido en la calle Bahía Blanca a cantar la Internacional? ¿O mi viejo no se pasaba noches y noches sentado en calzoncillos en la cocina, descifrando los libros de Lenin, los informes del Comité Central y escuchando Radio Habana Cuba, Primer Territorio Libre en América? Cada mañana lo miraba calzarse el mameluco de mecánico y sabía que él, mi padre obrero, sería capaz de morir por la felicidad del proletariado, igual que el padre de Misha Poliakov.

Yo también quería, como los chicos de Arbat, ser una pionera de la revolución comunista. Misha nos había enseñado las dos reglas más importantes: que “los niños, futuros proletarios, deben ayudar a la revolución”, y que “el pionero defiende la causa de la clase obrera”. Me gustaban esas palabras. Revolución, clase obrera, la causa. Ya lo dije, era 1973. Había vientos que soplaban nuevos aires, sucedían cosas hasta entonces impensadas. En mi colegio inglés, en una de las fechas patrias de ese año, los niños salimos a caminar por la cintura cósmica del sur y coreando todas las manos todas, todas las voces todas, como si en lugar de ser las joyitas de la Commonwealth fuéramos los proletarios del futuro. Mientras tanto, junto con Misha, Guenka y Slavska, yo iniciaba

un destacamento de pioneros, arrinconábamos al malvado jefe de la contrarrevolución y nos preparábamos para unirnos a las huestes revolucionarias del komsomol. Por momentos, el mundo era redondo y brillante como la calva luminosa de Vladimir Ilich. Esa sensación me duraba lo que duraba la lectura, porque en mi barrio, en las revistas que compraba mi mamá, en las discusiones de mi hermano y sus amigos, la revolución venida cosida a otras palabras: perón vuelve, patria sí colonia no, montoneros carajo, descamisado, estrella roja, combatiente. Complicado. Cuando en septiembre el Partido mandó a votar Perón Perón mi casa estalló. Como nadie pudo explicarme con suficiente claridad por qué mi viejo obedecía mientras mi madre se negaba a grito pelado y juraba votar a la izquierda (¿acaso el Partido no era la izquierda?), me pareció más consolador —y más épico— refugiarme en las calles de Moscú.

Para ser franca, también había otros murmullos. Hacía poco que Solyenitzin había ganado el Premio Nobel. Había salido en la tele, en la radio. El marido de mi tía la mayor lo había leído y me había dicho gulag, me había dicho Stalin. Por suerte, una vez más, ahí estaba mi padre para arrullarme con su canción: “los agentes del imperialismo”. El mantra de mi padre era mi mantra. El escudo que me protegía del ácido corrosivo del imperialismo burgués —¿acaso existía otro?—, para que yo pudiera encontrar refugio en Misha Poliakov y en sus amigos, lejos, muy lejos del murmullo inentendible de las voces de mi casa.

Del otro lado del mundo, Anatoli Rybakov acababa de escribir *Los chicos de Arbat*. Nadie lo sabría durante más de veinte años. Es 1934 y Sasha Pankratov, komsomol ejemplar (como Misha, como Guenka, como yo), es entregado por sus propios compañeros y enviado a un Gulag en Siberia, donde permanece hasta la guerra. Rybakov todavía no había escrito *Miedo* ni *Polvo y Cenizas*. Los rusos tendrían que esperar hasta la Perestroika para leer la trilogía. Y yo, a unas vacaciones de 2004, en una playa uruguaya. Fue entonces cuando llorando, y por pura solidaridad, decidí morirme de frío y hambre en el Gulag con mis viejos y queridos amigos de la calle Arbat.

De toda la colección de tapas grises y lomo verde que compartimos con mi hermano, la novela *Estudiantes*, con la que alguien ignoto para mí, Yuri Trifónov había ganado un premio Stalin en 1948, fue la novela de la colección de lomo verde y tapas grises que compartimos con mi hermano, la que más veces releí, aquella a la que volvía una y otra vez. A la que volví en los años 90, a la que acabo de volver mientras escribo esto, pasada ya la primera década del siglo XXI, ya sabiendo que el padre del autor desapareció en las purgas de los años 30, que Trifónov pasó el resto de su vida intentando limpiar el nombre de ese padre, y que escribió una bellísima autobiografía llamada *La Desaparición*, publicada después de su muerte. Acabo de descubrir, además, que *Estudiantes* tiene una velada continuación en *La casa del dique*, en la que reaparecen, como en un *roman a clef* melancólico y agonizante, los personajes de esta novela que tanto amé.

Vadim Belov se levanta en la asamblea del Komsomol y con voz firme, denuncia a su mejor amigo de la infancia. Serguei Palavin —a quien no le alcanza con ser rubio, de ojos azules, bello y carismático— ha demostrado que no respeta los principios del realismo socialista tal como fueron delineados por Yosif Vissarionovich Stalin quien, como es de público conocimiento, fue un sofisticado teórico de la literatura. O quizás el problema de Serguei Palavin es que los respeta en exceso y, por lo tanto, es a todas luces obvio que no es sincero en su amor por la vida cotidiana de los obreros y campesinos soviéticos. Por exceso o por defecto,

Serguei Palavin es acusado por su mejor amigo. Públicamente. Acusado de “afrancesado” y “formalista”, vicios que le acaban de costar la carrera a un profesor del Instituto de Literatura de Moscú, donde ambos amigos estudian.

Y como si esta aberración no fuera suficiente, Serguei Palavin ha dejado embarazada a una antigua novia y, horror de los horrores, Lena Medóvskaia, la joven de la que Vadim Belov está enamorado, ha decidido abandonarlo para entregarse al amigo.

Pasiones encontradas y teoría de la literatura desfilan ante los ojos ávidos y confundidos de la Niña Soviética. Que el arte debía iluminar el camino de la revolución para los parias y los oprimidos, eso ya lo sabía desde la cuna. Ese saber, sin embargo, no explicaba otros amores literarios que la perturbaban y le quitaban el sueño. Pero ese mes de mayo de 1974 (“terminé de leer este libro el 16 de mayo de 1974”, se lee sobre el papel amarillento de la primera página), en el que parecía que aquí la revolución estaba a la vuelta de la esquina, y todos íbamos a tener la tierra, jamás hubiera sospechado qué significaba ser afrancesado y formalista y mucho menos la razón por la cual ser ambas cosas eran un vicio tan secreto, oscuro y desconocido como una enfermedad venérea. Confieso que ese momento de tremenda intensidad narrativa, en el que Vadim Belov —no tan buen mozo, bastante más previsible y aburrido, pero disciplinado y honesto— denuncia a su mejor amigo, me produjo una tremenda perturbación, un escozor de angustia que rápidamente traté de negar en aras de los altos principios del arte revolucionario y de la moral comunista. ¿Era el de Vadim Belov un

acto de justicia revolucionaria o una buchoneada imperdonable? ¿Debía uno hacer cualquier cosa —pero cualquier cosa— para defender los ideales de la revolución socialista y sus principios estéticos? Claro que estas preguntas no me las formulé claramente en ese entonces. Ese día, el día en que feché y puse mi firma en esa novela premio Stalin de 1948, probablemente, haya confirmado dos decisiones que marcarían mi vida. La primera, transformar mi pasión por la lectura y la escritura en una carrera universitaria. Como los estudiantes de la novela, yo iba a estudiar Letras. La segunda fue la de comenzar a acosar a mi madre —porque mi padre no necesitaba acoso alguno— para que de una vez por todas me permitiera afiliarme a la Federación Juvenil Comunista, que yo imaginaba como la sucursal autóctona del Komsomol soviético.

Estudié Letras, me afilié al Partido Comunista. No hubiera podido predecir que, a su debido tiempo, me convertiría yo también, en afrancesada y formalista.

Soy arqueóloga de mi lectura: volví a leer *Estudiantes* a fines de la década del 80, cuando ya había abandonado mi militancia comunista. No sé cómo lo volví a leer, creo que lo encontré arrumbado por ahí, escondido entre otros libros, cumpliendo su destino de libro triste, siempre dispuesto a ser recobrado y perdido una vez más.

Me asusté de mi misma, de la virulencia con la que los viejos amores y odios hacia los personajes habían cambiado de signo. O fue, quizás, un comentario que mi madre deslizó, reflexionando

sobre la inminencia de eso que llamaron *Perestroika* y *Glasnost* para no llamar fracaso. “Lo más terrible es que ahora no sé dónde están los buenos, nena. Vos sabés dónde están los buenos?”.

Y no, no sabía dónde estaban los buenos: Vadim Belov se había transformado, definitivamente, en un buchón aborrecible, el Komsomol en un infierno persecutorio y el realismo socialista en herrumbre ilegible y aburrida. Alguien me había pronosticado que iba a perder el tren de la revolución. Y yo estaba todavía solita, parada en un andén, sin saber exactamente si estaba mirando irse ese tren; si había leído mal el horario y el mapa que me llevaba a la estación o si estaba esperando un tren que nunca había existido. Yo era ahora Serguei Palavin, oscura, defectuosa, vulnerable. Humana. Igual que él, había perdido todos los trenes, había sido expulsada, empujada, abandonada. Reaccionaria. Populista. Formalista. Afrancesada. Traidora.

Y pensar que yo lo único que quería era mirar mi propio rostro. Despedir a mi padre. Enterrarlo para siempre. Devorarme el universo.

CHICA RUSA

Me despierto y murió Fidel. Pienso que mi vieja debe estar llorando y que tengo que llamarla, para consolarla, para que me consuele, porque ella había querido irse a Cuba a pelear por la revolución. Pero resulta que hace tres meses que mi madre está muerta. Tu padre fue el que no quiso, me diría una vez más. Ni tu hermano. Y vos hubieras sido cubana.

Imaginate, Lilita. Hasta que murió no dejó de decir que ella estaba enamorada de Fidel. Y viuda del Che, decía, hasta e final. Y yo, que pude haber sido cubana, crecí en cambio en Villa Urquiza, en el amor a la Revolución, entre los compañeros del Partido y la música de Carlos Puebla. Crecí en ese mundo en el que las revoluciones iluminaban como soles. Crecí en ese mundo que ya no existe, pero que hizo piedrita caliente aquí en mi corazón. Hoy no quiero hablar de lo que fue sombrío, revelación dolorosa, fe derrotada. No. Hoy quiero frotar esa piedrita y hacerla calor. Porque mi vieja ya no está, y tampoco Fidel, ni las revoluciones que iluminan como el sol, porque esa clase de revoluciones sólo suceden en la infancia. Pero estuvieron. Y no es poca cosa que hayan existido antes de que el universo se agrietara. Después de todo, fueron mis padres, las revoluciones que ya no iluminan y la barba de Fidel que hicieron de mí la Niña Soviética que soy. Esta que hoy no para de llorar por todo lo que ya no existe.

En Londres, ya. Rumbo a Moscú. Rusia es solamente la solidez de una geografía de lo que ya no existe. Yo voy hacia lo que ya no existe. Yo viajo hacia las ruinas. Voy a mi URSS de juguete. Voy, a lo mejor, a lo que nunca existió. O a lo que sí fue sin serlo enteramente. Voy a la derrota, a lo que dolido o avergonzado perdura en alguna parte. No sé nada más que lo que imaginé, lo que amé en palabras traducidas, lo que mis viejos amaron. Amor de pionera de la revolución, amor de cincuentona triste. Huérfana de ellos, no huérfana de las historias de segunda y tercera mano que me dejaron. Voy hacia ellos, también. Hacia lo que quisieron ver, obrerito de manos engrasadas, cosmetóloga tanguera. Amor barrial. Nada de lo real me interesa en este viaje. Voy hacia mi Rusia de palabras, fantasma literario. Cuántos viajes se necesitarán para llegar al corazón de piedra volcánica que es la realidad (siempre fuego, siempre líquida, siempre inamovible en lo que es). No me interesa la verdad de lo que veré, sino su apariencia. Me corrijo, la apariencia es el viaje a una verdad que apenas voy a entrever, una verdad que me sé de antemano. Soy huérfana de ellos, de la voz rasposa del viejo leyendo Novedades de la URSS, del canto de calandria de la vieja, de su voz melodiosa que me dice Lilita como un río. Soy huérfana de mi Niña que viene a buscar madre.

Priviet, druž'ya. Nieve, hielo, viento, dicha moscovita. Kremlin: museo de la armería, explanada interminable, Catedral de San Basilio. Borscht calentito y museo de 1812. Mañana, claro, “Lienin” y su dedo que iluminó el mundo de La Niña Soviética. Conmovida y absorta en la geología de la historia. Agradecida, por sobre todas las cosas.

Niña Soviética en Plaza Roja. En Museo del Gulag, en Universidad de Moscú, en Museo casa de Lev Tolstoy, nuevamente en museo del Gulag, hablando sobre campos de detención y derechos humanos en Argentina, sobre Floresta y sus campos. En familia con Nana, mi casi hermana y mi *ruskaya mamuschka* Raisa. Vida moscovita. Agotada de kilómetros caminados, de historias de ahora y de “los tiempos de antes”. Y Liria con cabeza y corazón en todos lados. Por donde mire, pise y sienta, hay fantasmas y materia. Y los ojos de todos ellos, aquí conmigo, conociendo lo que habíamos imaginado tan distinto.

Hoy lo vi. Brillaba incandescente como en el poema de la Niña Soviética, cada vez más *ruskaya devuzkya* y menos soviética. En la casa de Dostoyevsky, imaginé qué nieve, qué espesor, miraban sus ojos niños desde la ventana. La tinta escribía como sangre y decía su nombre: Fiodor Mijáilovich. Vi la revolución morir en lienzos tristes. Alguien pintó el cadáver vencido de Vladimir Mayakovsky. Oh siglo XX de estas tierras. Después la luna en el cielo congelado.

EPÍLOGO

Escribir: Coser con un hilo de seda roto

Una de las piezas más notables de la escultora Louise Bourgeois es una inmensa araña llamada “Maman” (1999). De casi 9 metros de altura, pesa 22 toneladas y representa la figura de la madre que alberga y atrapa en su red al mismo tiempo, porque la araña es protectora y depredadora: el hilo de seda que fabrica es excepcionalmente resistente (tanto como el acero), y su deformabilidad y tenacidad lo convierten en un arma tan sutil como poderosa. La inmensa mole de “Maman” se sujeta sobre patas de apariencia muy frágil que sin embargo resisten su intensa fortaleza.

Con ese mismo hilo, poderoso y a la vez delicado, ha escrito su libro *Liria Evangelista*. Parece frágil, pero sostiene el largo recorrido de la memoria, con sus huecos y estrías, su fuerza umbilical y sus espacios de sombra (qué importa que el recuerdo no sea preciso, si devuelve intacto el amor al padre): la escritura es ese hilo de seda roto con el que se teje un relato ágil e intenso que ofrece amplias elipsis para, así, dar cuenta del imperfecto camino de la memoria. En él, la que escribe —una niña soviética por las convicciones comunistas del padre—, recorre los días de su infancia y juventud, y el suyo es sobre todo un camino epistemológico, hecho de palabras que se transitaron y ahora se desandan a través de una ironía dolorosa y muy contenida, que no cede a su propia narración.

Dos barrios de la ciudad de Buenos Aires establecen las dos partes del libro: “Villa Urquiza” y “Floresta”, como dos territorios que no sólo se organizan topográficamente, sino, sobre todo, verbalmente: el primero, presidido por las palabras “madre” y “padre”, y en el que la autora rescata su infancia a través de imágenes en blanco y negro que muestran los claroscuros, las zonas de sombra del deseo y del miedo, por lo que no son estampas de color sepia sino irisadas, como la del río en el que los niños silenciaban todo ruido, poseídos por el fervor del agua oscura, y temían morir ahogados y ser comidos por los peces. El segundo, presidido por la palabra “compañero”, traza un mapa emocional de los centros clandestinos de detención y exterminio durante la dictadura, en cuyo humus se alimenta el país que fue y el que es, esa Argentina que duele, bandera azul y blanca capaz de devorar a sus propias crías. Quien escribe esboza una topografía del horror. Si el verdadero cementerio es la memoria, como dijo Rodolfo Walsh, la mujer que recorre “Floresta” escarba con sus propias uñas, deja en su piel señales dolorosas, grumitos, cicatrices de la herida que ha sido (que es) la historia.

Transitar esos dos barrios, Villa Urquiza y Floresta, es por tanto crecer interpelando la memoria y la escritura de las diversas encrucijadas de la voz del texto, que se encuentra fracturada por su condición de traditora, de traductora, al manejar varios códigos o lenguajes distintos: el ideológico o emocional de una parte; el de la formación comunista del padre y el del colegio inglés en que la educan, por otra. Así, la niña traditora recorre el pasado de toda una generación –la de los inmigrantes llegados desde Europa a la

Argentina—, y al crecer y hacerse adulta, al tomar conciencia del significado de “Floresta”, su voz será también el espacio en el que dialoga con sus hijos, en el que pasa de ser hija a ser madre mientras continúa escribiendo con ese hilo umbilical, sutil y enormemente potente, de la araña. Sólo que ahora, quien cose con ese hilo roto la memoria rota, es hija y madre a la vez. El tapiz que ofrece, tiene rastros de su piel entre las hebras.

M^a Ángeles Pérez López
Universidad de Salamanca

